

Pensar los jóvenes. Un debate necesario

Rossana Reguillo*

Adoptar el punto de vista de los oprimidos o excluidos puede servir, en la etapa del descubrimiento, para generar hipótesis o contrahipótesis, para hacer visibles campos de lo real descuidados por el conocimiento hegemónico. Pero en el momento de la justificación epistemológica conviene desplazarse entre las intersecciones, en las zonas donde las narrativas se oponen y se cruzan... El objetivo final no es representar la voz de los silenciados sino entender y nombrar los lugares desde donde sus demandas o su vida cotidiana entran en conflicto con los otros.

Néstor García Canclini (1997)

Los jóvenes han sido importantes protagonistas de la historia del siglo XX en diversos sentidos. Su irrupción en la escena pública contemporánea de América Latina puede ubicarse en la época de los movimientos estudiantiles de finales de la década de los sesenta. Aunque en ese entonces fueron más propiamente pensados como "estudiantes", empezaba a ser claro que un actor social que tendía a ser visto con temor o con romanticismo y que había sido "construido" por una pujante industria cinematográfica como un "rebelde sin causa"¹, afirmaba, a través de sus expresiones una voluntad de participar como actor político.

* En. Reguillo, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Cap. I, Grupo editorial Norma, Colombia, 2000. pp. 19-47.

¹ En 1955, James Dean protagonizó, dirigido por Nick Ray, la película que contribuyó a configurar el imaginario social de la juventud de los años cincuenta *Rebelde sin causa*. La muerte de Dean el mismo año en que se rodó la película en un accidente automovilístico durante una carrera, incrementó no solamente el culto al actor, sino que convirtió al personaje por él representado en símbolo emblemático de toda una generación.

De manera enfática, los movimientos estudiantiles vinieron a señalar los conflictos no resueltos en las sociedades "modernas" y a prefigurar lo que sería el escenario político de los setenta.

Cuando muchos jóvenes se integraron a las guerrillas y a los movimientos de resistencia, en distintas partes del continente, fueron pensados como "guerrilleros" o "subversivos". Al igual que en la década anterior, el discurso del poder aludió a la manipulación a que eran sometidos "los jóvenes", por causa de su "inocencia" y enorme "nobleza", como atributos "naturales" aprovechados por oscuros intereses internacionales.

La derrota política, pero especialmente simbólica, de esta etapa, aunada al profundo desencanto que generó el descrédito de las banderas de la utopía y el repliegue hacia lo privado, volvieron prácticamente invisibles, en el terreno político, a los jóvenes de la década de los ochenta.

Mientras se configuraba el "nuevo" poder económico y político que se conocería como neoliberalismo, los jóvenes del continente empezaron a ser pensados como los "responsables" de la violencia en las ciudades. Desmovilizados por el consumo y las drogas, aparentemente los únicos factores "aglutinantes" de las culturas juveniles, los jóvenes se volvieron visibles como problema social.

Los *chavos banda*,² los *cholos* y los *punks* en México; las *maras* en Guatemala y El Salvador, los grupos de *sicarios*, *bandas* y *parches* en Colombia, los *landros* de los barrios en Venezuela, *los favelados* en Brasil, empezaron a ocupar espacios en la nota roja o policíaca en los medios de comunicación y a despertar el interés de las ciencias sociales.³

Al finalizar la década de los ochenta y en los tempranos noventa, una nueva operación semántica de bautizo estaba en marcha: se extendía un imaginario en el

² Para facilitar al lector la comprensión de algunos términos en sus contextos de uso, se incorpora al final del libro un glosario. Ver página 165

³ Este proceso no se dio sólo en América Latina. Las "clikas" o bandas en algunas ciudades de América del Norte, integradas en su mayoría por las llamadas minorías culturales, como latinos y negros; la emergencia de los grupos de *skinheads* en Inglaterra, como un movimiento de "autodefensa" juvenil frente a la inmigración, que se extendió rápidamente hacia Alemania, Francia y España; los *blusoin noir* en la misma Francia; el movimiento anarco-punk y de manera mucho más reciente, los *okupas* en España, como movimiento de resistencia a los valores del "neoliberalismo", han sido algunos de los movimientos juveniles que han despertado el interés en Estados Unidos y en Europa.

que los jóvenes eran construidos como "delincuentes" y "violentos". El agente manipulador de esta etapa, sería la "droga". Así arrancó la última década del siglo XX.

"Rebeldes", "estudiantes revoltosos", "subversivos", "delincuentes" y "violentos", son algunas de los nombres con que la sociedad ha bautizado a los jóvenes a partir de la última mitad del siglo. Clasificaciones que se expandieron rápidamente y visibilizaron a cierto tipo de jóvenes en el espacio público, cuando sus conductas, manifestaciones y expresiones entraron en conflicto con el orden establecido y desbordaron el modelo de juventud que la modernidad occidental, en su "versión" latinoamericana, les tenía reservado.

Pero, sin alusión a la fuerte crisis de legitimidad de las instituciones de los sesenta, ni al inicio de la crisis de los Estados nacionales y al afianzamiento del modelo capitalista de los setenta, ni a la maquinaria desatada para reincorporar a los disidentes a las estructuras de poder en los ochenta,⁴ y mucho menos, sin hacer referencia a la pobreza creciente, a la exclusión y al vaciamiento del lenguaje político de los noventa, resultó fácil convertir a los jóvenes tanto en "víctimas propiciatorias", en receptores de la violencia institucionalizada, como en la figura temible del "enemigo interno" que transgrede a través de sus prácticas disruptivas los órdenes de lo legítimo social.

El siglo XXI arranca con evidentes muestras de una crisis político-social. De maneras diversas y desiguales, los jóvenes han seguido haciendo estallar las certezas y han continuado señalando, a través de los múltiples modos en que se hacen presentes, que el proyecto social privilegiado por la modernidad en América Latina ha sido, hasta hoy, incapaz de realizar las promesas de un futuro incluyente, justo y, sobre todo, posible.

En un continente mayoritariamente juvenil,⁵ en el que el país más "viejo" de la región es Uruguay con un promedio de edad de 31 años, y el más joven Nicaragua, con un promedio de 16 años; y con un crecimiento poblacional que se ubica entre el 2

⁴ En el continente abundan los ejemplos de la incorporación de cuadros disidentes tanto del movimiento estudiantil como de los movimientos armados de los sesenta y setenta, que fueron incorporados a las estructuras gubernamentales. En el caso mexicano, muchos de estos "jóvenes", ocuparon importantes puestos políticos en el período de Carlos Salinas de Gortari (1989-1994), varios de ellos fueron responsables del diseño y ejecución de la política social salinista, que se convirtió en un instrumento de control corporativo encubierto.

⁵ Al final del libro se incluye un cuadro con los promedios de edad y algunas informaciones relevantes para el contexto latinoamericano, comparativamente con algunos países europeos.

y 3 % para la mayoría de los países de la región, la pregunta por los modos en que los jóvenes viven, experimentan e interpretan un mundo tensionado por múltiples conflictos y enfrentado a la paradoja de una globalización que parece acentuar fuertemente los valores locales, se hace urgente.

Los contextos y la condición juvenil

La juventud como hoy la conocemos es propiamente una "invención" de la posguerra, en el sentido del surgimiento de un nuevo orden internacional que conformaba una geografía política en la que los vencedores accedían a inéditos estándares de vida e imponían sus estilos y valores. La sociedad reivindicó la existencia de los niños y los jóvenes, como sujetos de derechos y, especialmente, en el caso de los jóvenes, como sujetos de consumo.

En el período de la posguerra, las sociedades del Primer Mundo alcanzaban una insospechada esperanza de vida, lo que tuvo repercusiones directas en la llamada vida socialmente productiva. El envejecimiento tardío, operado por las conquistas científicas y tecnológicas, reorganizó los procesos de inserción de los segmentos más jóvenes de la sociedad. Para restablecer el equilibrio en la balanza de la población económicamente activa, la incorporación de las generaciones de relevo tenía que posponerse.

Los jóvenes deberían ser retenidos durante un período más largo en las instituciones educativas. La ampliación de los rangos de edad para la instrucción no es nada más que una forma "inocente" de repartir el conocimiento social, sino también, y principalmente, un mecanismo de control social y un dispositivo de autorregulación vinculado a otras variables.⁶

Es también en la posguerra cuando emerge una poderosa industria cultural que ofertaba por primera vez bienes "exclusivos" para el consumo de los jóvenes. Aunque no el único, el ámbito de la industria musical fue el más espectacular. En el caso de los Estados Unidos, principal "difusor" de lo que sería "el nuevo continente social de la adolescencia" como ha llamado Yonnet (1988) al mundo juvenil, las ventas de discos pasaron de 277 millones en 1955 a 600 millones en 1959 y a 2000 millones en 1973

⁶ En la Europa judía de 1660, la instrucción llegaba hasta los trece años en el caso de los varones pudientes y a los diez años en el caso de los varones pobres, que debían entrar a servir a esta edad (Horowitz, 1996); este es un ejemplo de cómo la instrucción escolar no es una variable independiente.

(Hobsbawm, 1995). El acceso a un mundo de bienes que fue posible por el poder adquisitivo de los jóvenes de los países desarrollados, abrió el reconocimiento de unas señales de identidad que se internacionalizarían rápidamente. Para el historiador Eric Hobsbawm, la cultura juvenil se convirtió en la matriz de la revolución cultural del siglo XX, visible en los comportamientos y costumbres, pero sobre todo en el modo de disponer del ocio, que pasaron a configurar cada vez más el ambiente que respiraban los hombres y mujeres urbanos (1995; 331).

La visibilización creciente de los jóvenes y su enfrentamiento al *statu quo*, se daba en paralelo con la universalización acelerada de los derechos humanos en un clima político que trataba de olvidar los fascismos autoritarios de la época precedente. Los jóvenes "menores" se convertían en sujetos de derecho, fueron separados en el plano de lo jurídico de los adultos. La profesionalización de los dispositivos institucionales para la vigilancia y el control de un importante segmento de la población, va a crecer al amparo de un Estado benefactor que introduce elementos "científicos" y "técnicos" para la administración de la justicia en relación con los menores. Centros de internamiento, tribunales especializados, ya no castigo, si no rehabilitación y readaptación, van a transformar el aparato punitivo para los menores infractores.⁷

Lo que esto señala, entre otras cosas, es la necesidad de la sociedad de generar dispositivos especiales para un segmento de población que va a irrumpir masivamente en la escena pública y la conciencia de que ha "aparecido" un nuevo tipo sujeto para el que hay que generar un discurso jurídico que pueda ejercer una tutela acorde con el clima político, y que al mismo tiempo opere como un aparato de contención y sanción.

Puede decirse entonces que son tres procesos los que "vuelven visibles" a los jóvenes en la última mitad del siglo XX: la reorganización económica por la vía del aceleramiento industrial, científico y técnico, que implicó ajustes en la organización productiva de la sociedad; la oferta y el consumo cultural, y el discurso jurídico.

La "edad" adquiere a través de estos procesos una densidad que no se agota en el referente biológico y que asume valencias distintas no sólo entre diferentes sociedades, sino en el interior de una misma sociedad al establecer diferencias

⁷ Para profundizar en el tema, ver el estudio de la investigadora mexicana Elena Azaola (1990).

principalmente en función de los lugares sociales que los jóvenes ocupan en la sociedad. La edad, aunque referente importante, no es una categoría "cerrada" y transparente.⁸

Sin embargo, no se trata de sustituir un referente (el de la edad) por otro conjunto de referentes que tampoco son transparentes ni determinan la configuración de los mundos juveniles. Existen algunas "líneas de fuga" que exigen problematizar los contextos dinámicos en los que emerge la categoría "joven".

Resulta evidente que la realización tecnológica y los valores a ella asociados, lejos de achicar la brecha entre los que tienen y los que no, entre los poderosos y los débiles, entre los que están dentro y los que están fuera, la ha incrementado. La posibilidad de acceso a una calidad de vida digna, es hoy para más de 200 millones de latinoamericanos⁹ un espejismo. Si este dato se cruza con el perfil demográfico del continente, mayoritariamente juvenil, no se requieren grandes planteamientos para inferir que uno de los sectores más golpeados por el empobrecimiento estructural es precisamente el de los jóvenes.

La incapacidad del sistema educativo del Estado para ofrecer y garantizar educación para todos, el crecimiento del desempleo y de la sobrevivencia a través de la economía informal, indican que el marco que sirvió como delimitación para el mundo juvenil, a través de la pertenencia a las instituciones educativas y a la incorporación tardía a la población económicamente activa, está en crisis.

No deja de resultar paradójico el deterioro en el ámbito económico y laboral y una crisis generalizada en los territorios políticos y jurídicos, mientras que se fortalecen los ámbitos de las industrias culturales para la construcción y reconfiguración constantes del sujeto juvenil. El vestuario, la música, el acceso a ciertos objetos emblemáticos, constituyen hoy una de las más importantes mediaciones para la construcción identitaria de los jóvenes, que se ofertan no sólo como marcas visibles de ciertas adscripciones sino, fundamentalmente, como lo que los publicistas llaman, con gran sentido, "un concepto". Un modo de entender el

⁸ Un varón, por ejemplo de 18 años, perteneciente a los estratos socioeconómicos medios, experimenta la condición juvenil desde su adscripción a las instituciones escolares y una tutela negociada con los adultos responsables de su proceso de incorporación social; mientras que otro joven de la misma edad pero inserto en un universo socioeconómico pauperizado, que para sobrevivir se incorpora tempranamente a los circuitos de la economía informal, no suele ser definido como joven.

⁹ América Latina comenzó la década de los 90 con 200 millones de pobres, es decir, con 70 millones más de los que tenía en 1970, principalmente como resultado de la pobreza urbana (Roux, 1994).

mundo y un mundo para cada "estilo", en la tensión identificación-diferenciación. Efecto simbólico y, no por ello, menos real, de identificarse con los iguales y diferenciarse de los otros, especialmente del mundo adulto.

Inexorablemente, el mundo se achica y la juventud internacionalizada que se contempla a sí misma como espectáculo de los grandes medios de comunicación, encuentra, paradójicamente, en una globalización que tiende a la homogeneización, la posibilidad de diferenciarse y sobre todo, alternativas de pertenencia y de identificación que trascienden los ámbitos locales, sin negarlos.

Ahí, donde la economía y la política "formales" han fracasado en la incorporación de los jóvenes, se fortalecen los sentidos de pertenencia y se configura un actor "político", a través de un conjunto de prácticas culturales, cuyo sentido no se agota en una lógica de mercado.

Las constantes chapuzas, la inversión de las normas, la relación ambigua con el consumo, configuran el territorio tenso en el que los jóvenes repolitizan la política "desde fuera", sirviéndose para ello de los propios símbolos de la llamada "sociedad de consumo", como intento argumentar a lo largo de este libro.

Narrativas en conflicto

Con excepciones, el Estado, la familia, la escuela, siguen pensando a la juventud como una categoría de tránsito, como una etapa de preparación para lo que sí vale; la juventud como futuro, valorada por lo que será o dejará de ser.

Mientras que para los jóvenes, el mundo está anclado en el presente, situación que ha sido finamente captada por el mercado.

La construcción cultural de la categoría "joven", al igual que otras "calificaciones" sociales (mujeres e indígenas, entre otros) se encuentra en fase aguda de recomposición, lo que de ninguna manera significa que ha permanecido hasta hoy inmutable. Lo que resulta indudable es que vivimos una época de aceleración de los procesos, lo que provoca una crisis en los sistemas para pensar y nombrar el mundo.

Si bien es cierto que "la juventud no es más que una palabra" (Bourdieu, 1990), una categoría construida, no debe olvidarse que las categorías no son neutras, ni

aluden a esencias; son productivas, hacen cosas, dan cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo y, con ello, a ciertos actores sociales. Las categorías, como sistemas de clasificación social, son también y, fundamentalmente, productos del acuerdo social y productoras del mundo.

Resulta entonces importante tratar de entender el conocimiento que se ha producido con relación a los jóvenes a través de una revisión de la literatura especializada, bajo el supuesto de que estas miradas "recogen" e interpretan los imaginarios presentes en la sociedad, en tanto estas narrativas aspiran a producir explicaciones sobre diferentes procesos sociales. Se trata entonces de elaborar un análisis y una reflexión crítica sobre los conceptos, las categorías, los enfoques utilizados, para ayudarnos en esta búsqueda de luces sobre los modos en que los jóvenes son pensados.

Desde dónde hablan los saberes

En un primer movimiento, intento analizar la naturaleza, límites y condiciones del discurso especializado que se ha producido en Latinoamérica sobre las culturas juveniles, siempre desde una perspectiva sociocultural.¹⁰ Conceptualizar al joven en términos socioculturales implica en primer lugar no conformarse con las delimitaciones biológicas, como la de la edad, porque ya sabemos que distintas sociedades, en diferentes etapas históricas han planteado las segmentaciones sociales por grupos de edad de muy distintas maneras y que, incluso, para algunas sociedades este tipo de recorte no ha existido. No se trata aquí de rastrear las formas en que las sociedades han construido la categoría "jóvenes",¹¹ sino de enfatizar el error que puede representar pensar a este grupo social como un continuo temporal y ahistórico. Por el contrario, para entender las culturas juveniles, es fundamental partir del reconocimiento de su carácter dinámico y discontinuo.

Los jóvenes no constituyen una categoría homogénea, no comparten los modos de inserción en la estructura social, lo que implica una cuestión de fondo: sus esquemas de representación configuran campos de acción diferenciados y desiguales.

¹⁰ Se excluyen aquí las perspectivas psicológicas y las criminalísticas.

¹¹ Para este fin, ver por ejemplo Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (1996). Y el excelente trabajo de recuperación histórica desde la antropología de Carles Feixa (1988).

Y pese a esta diferenciación, en términos generales, la gran mayoría de los estudios sobre culturas juveniles no han logrado problematizar suficientemente la multiplicidad diacrónica y sincrónica en los "modos" de ser joven, y las más de las veces esta diferencia ha sido abordada (y reducida) al tipo de "inserción" socioeconómica de los jóvenes en la sociedad (populares, sectores medios o altos), descuidando las especificidades que, tanto la subjetividad como los marcos objetivos desiguales de la acción, generan.

En términos de la vinculación de los jóvenes con la estructura o sistema, en los estudios pueden reconocerse básicamente dos tipos de actores juveniles:

- a) los que han sido pensados como "incorporados", cuyas prácticas han sido analizadas a través o desde su pertenencia al ámbito escolar, laboral o religioso; o bien, desde el consumo cultural;
- b) los "alternativos" o "disidentes", cuyas prácticas culturales han producido abundantes páginas y que han sido analizados desde su no-incorporación a los esquemas de la cultura dominante.

Desde luego este recorte es un tanto arbitrario pero, ¿qué recorte analítico no lo es?

El balance se inclina tanto en términos cuantitativos como en lo referente a la relativa consolidación de lo que podría considerarse una "perspectiva" de estudio, del lado de los "alternativos" o "disidentes"; mientras que sobre "los incorporados", la producción tiende a ser dispersa y escasa.

Estas tendencias señalan que el interés de los estudiosos se ha centrado de manera prioritaria en aquellas formas de agregación, adscripción y organización juvenil que transcurren al margen o en contradicción con las vías institucionales. Esto apunta a una cuestión que resulta vital y no es de ninguna manera "inocente" o "neutra": la pregunta por el sujeto.

La pregunta por los jóvenes en tanto sujetos de estudio, ha estado orientada por una intelección que, con sus matices y diferencias, desde diversas perspectivas ha intentado reconocer cuáles son las características y las especificidades del sujeto juvenil.

La casi imposibilidad de establecer unos márgenes fijos, "naturales" al sujeto de estudio, ha llevado a una buena parte de los estudiosos de esta vertiente a situarse en los territorios de los propios jóvenes,¹² lo que ha dado como resultado una abundante cantidad de libros, reportes, monografías, tesis, videos, que miran al joven como esencialmente contestatario o marginal.¹³

Sin embargo y pese a la relativa consolidación de este tipo de enfoques, es frecuente encontrar en estos estudios una tendencia fuerte a (con)fundir el escenario situacional (la marginación, la pobreza, la exclusión) con las representaciones profundas de estos jóvenes o, lo que es peor, a establecer una relación mecánica y transparente entre prácticas y representaciones.

Por ejemplo, la calle en tanto escenario "natural", se ha pensado como "antagonista" en relación con los espacios escolares o familiares y no es problematizada como el espacio de extensión de los ámbitos institucionales en las prácticas juveniles. Así, los jóvenes en la calle parecerían no tener vínculos con ningún tipo de institucionalidad y ser ajenos a cualquier normatividad, además de ser necesariamente contestatarios con respecto al discurso legitimado u oficial.

En términos generales, esto ha ocultado al análisis la fuerte reproducción de algunos "valores" de la cultura tradicional, como el machismo o incluso la aceptación pasiva de una realidad opresora que se vive a través de una religiosidad popular profundamente arraigada en algunos colectivos juveniles.¹⁴

En ese mismo sentido, las prácticas como el lenguaje, los rituales de consumo cultural, las marcas de vestuario, al presentarse como diferentes y, en muchos casos, como atentatorias del orden establecido, han llevado a plantearlas como "evidencias" incuestionables del contenido liberador *a priori* de las culturas juveniles, sin ponerlas en contexto (deshistorizadas) o sin problematizarlas con la mediación de instrumentos de análisis que permitan trascender la dimensión descriptiva y empíricamente observable en los estudios sobre jóvenes.

¹² El barrio, la calle, el rock, el graffiti, las publicaciones subterráneas, los movimientos de protesta.

¹³ "Marginal" se utiliza aquí en un sentido metafórico, para hacer alusión a una forma de respuesta "activa" al choque de valores. Para una discusión más amplia, véase Anthony Giddens (1995) y Michel Maffesoli (1990).

¹⁴ Un contra-ejemplo de esto, es el excelente trabajo de Alonso Salazar (1990), que en Colombia ha venido desmitificando los mundos populares de los jóvenes al mostrar la complicidad acrítica de muchos de estos jóvenes con una cultura opresora y opresiva.

En lo general, en el conocimiento producido en tomo a las culturas juveniles, pueden reconocerse dos momentos o tipos de conocimiento: un momento descriptivo y un momento interpretativo.

Un primer momento, que para efectos prácticos puede ubicarse en la primera mitad de la década de los ochenta, estaría caracterizado tanto por acercamientos de tipo *émic*¹⁵ (específico, finalista, punto de vista interior), como por acercamientos de tipo *étic* (genérico, predictivo y exterior). Pero ambos tipos tienen en común un tratamiento descriptivo.

Mientras que en el primer tipo (*émic*) es el punto de vista del "nativo" lo que prevalece, se asume por ende que todo lo "construido" y dicho al interior del sistema es necesariamente "la verdad"; mientras que en la segunda vertiente (*étic*), lo que organiza el conocimiento proviene de las imputaciones de un observador externo al sistema, que no sabe (no puede, no quiere) dialogar con los elementos *émic*, es decir con las representaciones interiores o nativas.

Pese a las diferencias en la toma de posición del observador, estos acercamientos comparten un enfoque descriptivo, con una escasa o nula explicitación de categorías y conceptos que oriente la mirada del investigador. Ello vuelve prácticamente imposible un diálogo epistémico entre perspectivas, ya que las diferencias en la apreciación se convierten fácilmente en un forcejeo inútil entre posiciones. Donde unos ven "anomia" y "desviaciones", otros ven "cohesión" y "propuestas".

Ello ha derivado también en mutuas descalificaciones, que en términos metafóricos pueden pensarse como una lucha entre "técnicos" y "rudos"¹⁶. En una imagen extrema, los primeros tienden a recurrir al lenguaje normativo de la ciencia, a partir del cual "descalifican" el conocimiento "militante" producido por los segundos; mientras que estos últimos recurren a su posición interna -de intelectuales orgánicos- para descalificar las proposiciones "técnicas y asépticas" de los primeros.

¹⁵ Según la propuesta de Pike (1954) para el estudio de la conducta (retomada a su vez de Sapir) en la que se distinguen: "phonectics", que se ocupa de los sonidos en el sentido físico, y "phonernics", que trata los fonemas en sentirlo lingüístico.

¹⁶ En la lucha libre mexicana, existen dos tipos de luchadores: los técnicos, que se caracterizan por respetar las reglas del juego y las indicaciones del árbitro; mientras que los rudos no respetan las reglas, actúan a espaldas del árbitro y son, sin embargo, generalmente los favoritos del público.

Pero en la medida en que muy pocos de estos discursos logran trascender lo descriptivo, el intercambio posible queda atrapado en el nivel de la anécdota, del dato sin problematización que resulta fácil adecuar al marco conceptual que se privilegia, lo que a su vez ha desembocado, desafortunadamente, en una substancialización de los sujetos juveniles y de sus prácticas.

No se trata en ningún momento de descalificar la cantidad de estudios producidos en esta época y lo que han aportado en términos de conocimiento en torno de las culturas juveniles, pero sí es importante apuntar que, en términos generales, la producción de este período se caracterizó por una autocomplacencia a la que no parece preocuparle la construcción de un andamiaje teórico-metodológico que soporte los estudios realizados. Hay, en cambio, una tendencia en esta etapa a fijar una posición en torno del sujeto de estudio; en otros términos, hay más preocupación por definir y calificar que por entender.

Es hacia finales de la década de los ochenta y a lo largo de los noventa cuando puede reconocerse la emergencia paulatina de un nuevo tipo de discurso comprensivo en torno a los jóvenes. De carácter constructivista, relacional, que intenta problematizar no sólo al sujeto empírico de sus estudios, sino también a las "herramientas" que utiliza para conocerlo.

Se trata de perspectivas interpretativo-hermenéuticas, que van a intentar conciliar la oposición exterior-interior, como parte de una tensión indisociable en la producción de conocimiento científico.

Los jóvenes van a ser pensados como un *sujeto* con competencias para referirse en actitud objetivante a las entidades del mundo, es decir, como **sujetos de discurso**, y con capacidad para apropiarse (y movilizar) los objetos tanto sociales y simbólicos como materiales, es decir, como **agentes sociales**.

En otras palabras, se reconoce el papel activo de los jóvenes en su capacidad de negociación con las instituciones y estructuras. En este tipo de acercamientos se opera una distancia entre un pensamiento que "toma" el mundo social y lo registra como *datum*, como dato empírico independiente del acto de conocimiento y de la ciencia que lo propicia (Bourdieu, 1995), y un pensamiento que es capaz de hacer la crítica de sus propios procedimientos.

La vertiente de estudios interpretativos sobre las culturas juveniles¹⁷ ha incorporado de maneras diversas el reconocimiento del papel activo de los sujetos, el de su capacidad de negociación con sistemas e instituciones y el de su ambigüedad en los modos de relación con los esquemas dominantes. Ello ha ido posibilitando trascender las posiciones esencialistas: o todo pérdida, o todo afirmación. Y ha hecho posible encontrar otro nivel para la discusión, que no se agota en la anécdota o en el dato empírico.

Las clasificaciones explícitas como las edades de vida, el momento de la mayoría de edad o, desde el discurso biologista, las transformaciones corporales, "evidentemente no poseen sino un valor indicativo y resultarían insuficientes para definir y entender los contextos de una historia social y cultural de la juventud" (Levi y Schmitt, 1996; 15).

En tal sentido, el segundo período o vertiente de estudios, y voy a referirme aquí al caso de México, puede considerarse abierto a partir de lo que podría entenderse como los primeros trabajos claramente direccionados en la línea de una "historia cultural" de la juventud¹⁸ y los que podrían ubicarse desde una perspectiva interdisciplinaria que buscan problematizar al sujeto juvenil en su complejidad.

Se tratará de historizar a los sujetos y prácticas juveniles a la luz de los cambios culturales, rastreando orígenes, mutaciones y contextos político-sociales. Además, bajo la perspectiva hermenéutica se indaga en la configuración de las representaciones, de los sentidos que los propios actores juveniles atribuyen a sus prácticas, lo que permite trascender la mera descripción a través de las operaciones de construcción del objeto de estudio y con la mediación de herramientas analíticas.

En el modo constructivista y centralmente cultural que ha dado forma a los estudios de esta etapa, resulta fundamental señalar la importancia que ha tenido otra vertiente de trabajos que, abreviando en una larga tradición latinoamericana, se ubican más en una perspectiva de crónica periodística.

¹⁷ Representantes de esta corriente en América latina, son por ejemplo, Jesús Martín Barbero, Carlos Mario Perea, en Colombia; Hermano Vianna y Micael Herschmann, en Brasil; Sergio Balardini, Mario Margulis, en la Argentina; José Manuel Valenzuela, Maritza Urteaga, Rossana Reguillo, en México, entre otros.

¹⁸ Aquí el trabajo pionero de José Manuel Valenzuela (1988).

En el caso de México, el trabajo clave de Carlos Monsiváis, que ha sabido simultáneamente penetrar y rescatar con agudeza aquellos elementos significativos y pertinentes para la comprensión de las formas culturales de la juventud, al tiempo en que se ha constituido en un crítico implacable de la categoría "juventud", pero interlocutor generoso de los estudiosos en este campo.

Alonso Salazar (1990) en Colombia, que a partir de su incursión en los mundos del narcotráfico, del sicariato y de la comunas en Medellín, ha puesto al descubierto una situación descarnada y terriblemente compleja del mundo juvenil, al saber colocar simultáneamente la mirada del observador externo y la mirada del "nativo".

En el caso de Venezuela, puede señalarse el trabajo de José Roberto Duque y Boris Muñoz (1995), que han logrado incorporar con gran sentido crítico las diferentes voces involucradas en la problemática juvenil de Caracas. Hablan los jóvenes desde su precaria situación social, pero se incorporan también las voces de autoridades gubernamentales, representantes de la Iglesia, promotores sociales y analistas.

Desde luego estos autores no agotan el espectro de producciones que desde la crónica o ensayo periodístico han posibilitado una mirada cualitativamente diferente sobre las culturas juveniles "alternativas" o "disidentes", representan, en todo caso y de manera indicativa, un tipo de discurso comprensivo sobre la realidad de los mundos juveniles en sus complejos procesos de interacción con la sociedad.

De lo tematizable a lo representado

"La caída de tabiques entre disciplinas" (García Canclini, 1997), y la emergencia y paulatina consolidación de estudios llamados interdisciplinarios o "de frontera", han sido una constante en los últimos años de investigación sobre juventud en América Latina.

Los contornos imprecisos del sujeto y sus prácticas han colocado al centro de los análisis la vida cotidiana de los mundos juveniles, no necesariamente como tema, sino como lugar metodológico desde el cual interrogar a la realidad.

Desde esta mirada, que se sitúa en los propios territorios de los jóvenes, las temáticas abordadas han sido diversas, pero en términos generales pueden ser

reconocidos tres grandes ejes que, desde luego, tienen relación con los debates y preguntas que desde las ciencias sociales se plantean a lo "real".

- a) El grupo juvenil y las diferentes maneras de entender y nombrar su constitución, lo que hace referencia al peso otorgado por los analistas a la identidad como un factor clave para entender las culturas juveniles;
- b) Una segunda temática importante es la de la alteridad, los "otros" en relación con el proyecto identitario juvenil.
- c) Lo que podría denominarse el proyecto y las diferentes prácticas juveniles o formas de acción, constituyen el tercer eje importante.

El grupo o los nombres de la identidad

La problematización en torno de los modos de estar juntos (Martín Barbero, 1995) de los jóvenes, ha sido elaborada de diversas maneras.

La diferenciación más clara está relacionada con la direccionalidad del enfoque. Es decir, un tipo de estudios va de la constitución grupal a lo societal; otro tipo va de los ámbitos sociales al grupo.

En el caso del primer enfoque, la identidad grupal se convierte en el referente clave que permite "leer" la interacción de los sujetos con el mundo social. Hay por tanto un colectivo empírico, al que se observa y desde el cual se analizan las vinculaciones con la sociedad. A este tipo, por ejemplo, corresponden las etnografías de bandas juveniles que centraron la atención durante la década de los ochenta.

Por razones del propio enfoque, para conceptualizar la agregación juvenil, se ha recurrido a categorías como "identidades juveniles", "grupos de pares", "subculturas juveniles"; y las más de las veces, sobre todo durante la primera mitad de la década de los ochenta, en el caso de México, se utilizó el término "banda" como "categoría" para nombrar el modo particular de estar juntos de los jóvenes populares urbanos. Esta mirada intragrupal, si bien ha aportado muy importantes elementos de comprensión, ha resultado insuficiente para captar las vinculaciones entre lo local y lo global y para pensar la interculturalidad.

De otra parte, han ido cobrando fuerza los estudios que van de los ámbitos y de las prácticas sociales a la configuración de grupalidades juveniles. El rock, el uso

de la radio y la televisión, la violencia, la política, el uso de la tecnología, se convierten aquí en el referente para rastrear relaciones, usos, decodificaciones y recodificaciones de los significados sociales en los jóvenes. No necesariamente debe existir entonces un colectivo empírico, se habla de los "jóvenes de clase media", de los "jóvenes de los sectores populares", etc., que se constituyen en "sujetos empíricos" por la mediación de los instrumentos analíticos; se trata de "modos de estar juntos" a través de las prácticas, que no se corresponden necesariamente con un territorio o un colectivo particular.

Esta vertiente ha buscado romper con los imperativos territoriales y las identidades esenciales y para ello ha construido categorías como la de "culturas juveniles", "adscripción identitaria", "imaginarios juveniles" (pese a lo pantanosa que puede resultar esta última). Es una mirada que trata de no perder al sujeto juvenil pero que busca entenderlo en sus múltiples "papeles" e interacciones sociales.

Los otros

Un tema recurrente en los estudios sobre juventud, no por obsesión de los analistas, sino porque aparece de manera explícitamente formulada por los jóvenes, es el de lo otro o "el otro", para hacer referencia -casi siempre- al "antagonista", o "alteridad radical", que otorga más allá de las diferencias, por ejemplo socioeconómicas y regionales, un sentimiento de pertenencia a un "nosotros". La identidad es centralmente una categoría de carácter relacional (identificación-diferenciación). Todos los grupos sociales tienden a instaurar su propia alteridad. La construcción simbólica "nosotros los jóvenes" instaura diferentes alteridades, principal aunque no exclusivamente, con respecto a la autoridad: la policía, el gobierno, los viejos, etcétera.

Diferentes estudios se han ocupado de construir *corpus* de representaciones en los que es posible analizar las separaciones, las fronteras, los muros que las culturas juveniles construyen para configurar sus mundos. Más allá de la dimensión antropoforzada de esas alteridades (policía-gobierno, maestros-escuela), algunos trabajos -que trascienden lo puramente descriptivo- han señalado que estas figuras representan un orden social, al que se califica como represor e injusto. Esto puede parecer una obviedad, pero en tanto en el campo de estudios sobre la juventud no se

logra trascender la anécdota ni el dato empírico,¹⁹ el énfasis analítico en los procesos de construcción de la alteridad queda atrapado en las propias figuras con que se la representa.

Proyecto y acción colectiva

Algunos de los enfoques clásicos en torno a la conceptualización de proyecto político y acción colectiva han centrado prioritariamente su mirada en aquellas formas de participación formales, explícitas, orientadas y estables en el tiempo (por ejemplo, el primer Touraine, 1994), con la consecuente teorización que parece reconocer sólo como cultura política aquellas representaciones y formas de acción formales y explícitas. Este tipo de intelección ha provocado que las grupalidades juveniles, efímeras, cambiantes, implícitas en sus formulaciones, sean leídas como carentes de un proyecto político y que se reduzca su relación en este ámbito, por ejemplo, a la participación electoral.²⁰

Paulatinamente y en relación con la literatura sobre nuevos movimientos sociales y las reconceptualizaciones sobre lo político (el mismo Touraine, 1992; Melucci 1989; Offe, 1990; Maffesolli 1990; Lechner, 1995), aparece en la literatura sobre juventud una revaloración de lo político, que deja de estar situado más allá del sujeto, constituyendo una esfera autónoma y especializada; y adquiere corporeidad en las prácticas cotidianas de los actores, en los intersticios que los poderes no pueden vigilar (Reguillo, 1996).

La política no es un sistema rígido de normas para los jóvenes, es más bien una red variable de creencias, un bricolaje de formas y estilos de vida, estrechamente vinculado a la cultura, entendida ésta como "vehículo o medio por el que la relación entre los grupos es llevada a cabo" (Jameson, 1993).

Sin embargo, es importante reconocer que las articulaciones entre culturas juveniles y política están lejos de haber sido finamente trabajadas, y que en términos

¹⁹ En algunos casos, no se logra una separación entre la "militancia" en la lucha por los derechos humanos de los jóvenes, de la tarea de producir conocimiento. En diversas y numerosas reuniones donde se abordan temas relacionados con la juventud, muchos asistentes demandan que se hable un lenguaje "común", que "se renuncie a la teoría", que se hable (de las cosas que "verdaderamente afectan a los jóvenes", en una especie de populismo que confunde espacios y fines. Ello ha obstaculizado, no sólo en el caso de los jóvenes, sino también en el de las mujeres, los indígenas y algunas otras "minorías", la posibilidad de un debate riguroso que pueda ayudar a dinamizar los movimientos sociales.

²⁰ Un ejemplo de la reducción de lo político a la cuestión electoral, puede verse en el balance realizado en México por R. Becerra Laguna (1996).

generales estas relaciones se han venido construyendo como una relación de negatividad, es decir, como negación o descalificación de los constitutivos políticos en las representaciones y acciones juveniles.²¹

El punto de quiebre

Por otra parte, los estudios en torno a los jóvenes que transitan por las rutas "predecibles" tienden a ser dispersos y escasos. Otra característica muy importante de esta literatura, es que en varios casos el objeto principal de estudio no lo constituyen los jóvenes, sino que son enfoques centrados por ejemplo en el aparato escolar, en las comunidades eclesiales de base u otros grupos de carácter religioso, en las fábricas, en los sindicatos, cuyos autores están más interesados en los modos de funcionamiento de instituciones y espacios que en las culturas juveniles. Los jóvenes aparecen entonces en su rol de "estudiantes", de "empleados", de "creyentes", de "obreros".

En este sentido, son la narrativa cinematográfica y la literatura las que han logrado interesantes acercamientos analíticos y críticos en torno a los espacios tradicionales de socialización de los jóvenes, como la escuela, la familia, el trabajo, sin "perder" al sujeto juvenil.²²

El desencuentro entre la producción de conocimiento de la vertiente que se ocupa de los "no-institucionales" y la que se ocupa de los "incorporados" es profundo, y da como resultado, para una y para otra, análisis parciales en los que hay, de un lado, insuficiente tratamiento de los aspectos estructurales e institucionales, no necesariamente antagónicos a las expresiones culturales juveniles y, de otro lado, una localización en la institución en detrimento de la especificidad juvenil. De un lado, sujetos sin estructura; de otro, estructuras sin sujetos.

Un nuevo filón, que pudiera constituirse como punto de equilibrio entre estas perspectivas, lo constituyen los estudios que se ocupan del consumo cultural juvenil.

²¹ Creo firmemente que los zapatistas y en concreto el "Sup Marcos" han sabido captar (y aprovechar) con precisión este sentido polifónico de lo político en los jóvenes. Por ejemplo los programas especiales en MTV Latino, la muy reciente *Canción del Sup*, en la que a ritmo de rock, el Sup "rapea" las consignas zapatistas "para todos, todo", que le ha costado severas críticas, tanto de las derechas como de las izquierdas, incapaces -por distintos motivos- de entender la necesidad de nuevos mecanismos de interpelación a los jóvenes.

²² Por ejemplo *Reality bites*, *La sociedad de los poetas muertos*, *Breakfast club*, *Santana*, *¿americano yo?*, que al conjuntar la problemática de los inmigrantes con la juvenil, cuestiona severamente el orden institucional.

La relación con los bienes culturales como lugar de la negociación - tensión con los significados sociales. El consumo cultural como forma de identificación-diferenciación social (Bourdieu, 1988; García Canclini, 1991), que coloca al centro del debate la importancia que en términos de la dinámica social tiene hoy día la consolidación de una cultura-mundo que repercute en los modos de vida, los patrones socioculturales, el aprendizaje y fundamentalmente en la interacción social.

Aquí se muestra al joven como un actor posicionado socioculturalmente, lo que significa que hay una preocupación por comprender las interrelaciones entre los distintos ámbitos de pertenencia del joven -la familia, la escuela, el grupo de pares-, al tiempo que se enfatiza en el sentido otorgado por los jóvenes a la grupalización, con el significado de "comunidades imaginarias" (Anderson, 1983) a las cuales adscribirse.

El reconocimiento de la insuficiencia de perspectivas que han "parcializado" al joven, mostrándolo de manera excluyente como alternativo o como integrado, ha representado un punto de quiebre en los discursos comprensivos sobre estos actores sociales y, al mismo tiempo, ha inaugurado un modo de acercamiento que intenta mostrar que sin "perder" la centralidad del género, de la etnia, del territorio y, manteniendo en tensión productiva las relaciones entre estructuras y sujetos, resulta posible articular a los análisis la presencia de lo social sistémico sin perder la especificidad del sujeto juvenil.²³

Pensar a los jóvenes en contextos complejos demanda una mayor articulación entre las diferentes escalas geopolíticas, locales y globales y, un tejido más fino en la relación entre las dimensiones subjetivas y los contextos macrosociales.

Resulta urgente "reconstruir" el discurso que ha estigmatizado a los jóvenes, a los empobrecidos principalmente, como los responsables del deterioro y la violencia, ya que: "...la preocupación de la sociedad no es tanto por las transformaciones y trastornos que la juventud está viviendo, sino más bien por su participación como agente de la inseguridad que vivimos y por el cuestionamiento que explosivamente hace la juventud de las mentiras que esta sociedad se mete a sí misma para seguir creyendo en una normalidad social que el descontento político, la desmoralización y la

²³ Este tipo de discusiones pueden verse en el libro *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, de Cubides, Laverde, Valderrama (eds.), que recoge una fructífera discusión entre estudiosos del campo, organizada y promovida por el Departamento de Investigaciones de la Universidad Central, de Bogotá.

agresividad expresiva de los jóvenes están desenmascarando" (Martín Barbero, 1998; 23).

Pensar a los jóvenes es una tarea que se inscribe en el necesario debate sobre el horizonte de futuro. Si como ha dicho García Canclini (1999) en la inevitabilidad globalizadora aparecen "interrupciones" que ponen en cuestión su relato homogéneo, tal vez la pregunta por los jóvenes ayude a visualizar caminos alternos.

La discusión hasta aquí planteada tiene un doble objetivo: de un lado, reconocer las fortalezas y debilidades en el conocimiento producido en torno a los jóvenes, como condición reflexiva para comprender con creatividad y rigor los cambios que, en el siglo que arranca, están experimentando las culturas juveniles; de otro lado, se trata de sentar las bases para replantear un conjunto de conceptos, estrategias metodológicas, análisis empíricos e interpretaciones que se abordan a partir del siguiente capítulo. Me ha parecido fundamental hacer explícito el lugar desde el que parto para intentar estas reformulaciones.